

BO GUSTAFSSON

MARXISMO Y REVISIONISMO

La crítica bernsteiniana del marxismo
y sus premisas histórico-ideológicas

Traducción castellana de

GUSTAV MUÑOZ

COLECCIÓN «TEORÍA Y REALIDAD»

9



EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D. F.
1975

INDICE DE MATERIAS

<i>Prefacio (a la edición alemana)</i>	11
<i>Introducción</i>	13
Notas	17
CAPÍTULO 1	
<i>El marco</i>	19
a) Algunos rasgos del desarrollo económico y social de los años noventa del siglo XIX	20
b) Legalidad y parlamentarismo	25
c) La tendencia reformista en el seno del SPO 1890-1895	28
d) El incremento del funcionariado	30
e) La verdadera situación del marxismo en el SPO. El programa de Erfurt	33
Notas	39
CAPÍTULO 2	
<i>El testamento teórico de Friedrich Engels</i>	47
a) El contenido de la concepción materialista de la historia	48
<i>Primera edición</i>	
<i>Reservados todos los derechos</i>	
ISBN 84-253-0428-8	
Depósito Legal: B, 43911-1974	
Impreso en Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona - 5	

b) La interpretación del tercer tomo de <i>El Capital</i>	65	d) Croce: materialismo histórico y teoría del valor	262	
c) Legalidad y revolución	81	e) La influencia de Croce sobre Bernstein	274	
Notas	88	f) Saverio Merlino: ¿Bernstein avant la lettre?	280	
		g) Resumen	284	
		Notas	285	
 CAPÍTULO 3				
<i>Eduard Bernstein: del marxismo al revisionismo</i>	101	 CAPÍTULO 6		
a) Bernstein como marxista	104	<i>Marxismo y revisionismo en Francia</i>	297	
b) Del marxismo al revisionismo	109	a) El «conservadurismo revolucionario» de Sorel	298	
c) El estudio de Bernstein de la revolución del año 1848	114	b) El marxismo en Francia	304	
d) Problemas del socialismo	127	c) Del marxismo al revisionismo	313	
e) La filosofía de Bernstein	135	d) Las cartas de Sorel a Croce	319	
f) Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia. Una síntesis	141	e) Sorel como revisionista, I	325	
Notas	152	f) Sorel como revisionista, II	336	
		g) El reformismo revolucionario de Jean Jaurès	343	
		h) Resumen. Bernstein y el revisionismo francés	361	
		Notas	365	
 CAPÍTULO 4				
<i>Bernstein y los fabianos</i>	173	 CAPÍTULO 7		
a) Juicios de la época	175	<i>El revisionismo en Rusia: el marrismo legal</i>	395	
b) Bernstein sobre los fabianos	183	a) El marco	396	
c) Los fabianos y el socialismo inglés 1883-1893	190	b) El marxismo legal	399	
d) La doctrina de los <i>Fabian Essays</i> de 1889	196	c) La cuestión de los mercados	404	
e) Algunos puntos fundamentales de la propaganda teórica de los fabianos a comienzos de los años noventa	203	d) La teoría del desarrollo social de Struve	410	
f) La teoría económica de los fabianos	206	Notas	416	
g) Fabianismo y revisionismo	214			
h) Resumen	226			
Notas	227			
 CAPÍTULO 5				
<i>Inspiradores italianos</i>	243	<i>A modo de resumen</i>	425	
a) El socialismo italiano 1890-1900	244	a) Las condiciones de surgimiento del revisionismo teórico	426	
b) Planteamiento del problema	250	b) Los rasgos básicos del revisionismo teórico	430	
c) Labriola: marxismo y revisionismo	253	c) Bernstein y el surgimiento del revisionismo teórico	434	
		Notas	439	

104. K. Marx, *Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiter-Partei* (hay trad. cast.), MEW 19, pág. 28.
105. Véase el extenso intercambio epistolar entre Engels y Kautsky en: *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, op. cit., págs. 268-318. Véase también G. Ritter, op. cit., págs. 93-99; así como G. Mayer, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, Den Haag 1934, II, pág. 480 y ss.
- El hecho de que el ala derecha del partido no estuviese de acuerdo en absoluto con Marx se desprende de las palabras intrecambiadas en febrero de 1891 en el parlamento alemán entre Karl Grillenberger y el liberal-nacional Bennigsen. Al ponerle Bennigsen a Grillenberger en el aprieto de que se definiese sobre la dictadura del proletariado Grillenberger respondió: «Herr Dr. v. Bennigsen ha olvidado añadir que el Partido Socialdemócrata no se ha vinculado a este proyecto de programa de Marx. Marx estaba ciertamente molesto porque la Socialdemocracia alemana dispusiese su esbozo programático tal como entendía ésta que era lo adecuado en las condiciones alemanas y porque, por lo tanto, nunca se haya hablado entre nosotros de una dictadura revolucionaria del proletariado.» Las palabras que figuran en letra cursiva en la cita están en composición espaciada en las actas del Reichstag. Véase *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, op. cit., pág. 268, nota 1 de B. Kautsky (ed.).
106. Vorwärts del 12-IV-1899. Reproducido en Bernstein, *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus*, Berlin 1904, II, pág. 31 y s.
107. P. Weidmann, op. cit., pág. 26 y s.
108. E. Bernstein, *Zur Theorie...*, op. cit., pág. 31 y s.
109. F. Engels, *Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmturfs*, 1891, MEW 22, pág. 231.
110. Ibid., pág. 235.
111. Ibid., pág. 234.
112. Engels a Sorge, 24-X-1891, MEW 38, pág. 183.

EL TESTAMENTO TEÓRICO DE FRIEDRICH ENGELS

Capítulo 2

«Un verdadero diccionario universal, capaz de trabajar a cada hora del día o de la noche, comido o en ayunas, veloz en escribir y en comprender como el mismo diablo.»

KARL MARX sobre FRIEDRICH ENGELS¹

De lo dicho hasta ahora se deduce que Engels jugó un importante papel en el sentido de fortalecer la posición del marxismo en la Socialdemocracia alemana. Esto se traducía no sólo en que estaba dispuesto a prestar consejo teórico y político por carta sino también en la edición y redacción de la obra de Marx y en un importante trabajo publicístico propio. Tras la muerte de Marx publicó, por ejemplo, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1883), *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884) y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1888). En el año 1885 editó el segundo tomo de *El Capital* y en 1894 el tercero.

La concepción que tenía la Socialdemocracia de la época acerca de la naturaleza del marxismo estaba, así pues, marcada en tanta medida por Marx como por Engels. Los puntos de vista y el planteamiento de los problemas de Engels estaban en el centro del interés entre los marxistas. Esto aparece sobre todo en tres puntos: primero, en la cuestión del contenido de la concepción materialista de la historia; segundo, en la cuestión de la interpretación del tercer tomo de *El Capital*, y en tercer lugar, en la de la relación entre parlamentarismo y revolución. Estas tres cuestiones aparecen una y otra vez en la discusión interna de la Socialdemocracia y en las que se producían sobre ella a lo largo de los años noventa. En ellas jugaban un papel decisivo las interpretaciones y reinterpretaciones de las formulaciones engelianas de los años

1890 a 1895. Estas últimas son, por así decirlo, el punto de referencia de las tomas de posición de Bernstein y otros revisionistas.

a) *El contenido de la concepción materialista de la historia*

En la crítica a la concepción materialista de la historia que figura en *Las premisas del socialismo...* Bernstein afirma que Engels había modificado la teoría en las cartas que a comienzos de los años noventa escribió a diferentes personas acerca de la concepción de la historia. Según Bernstein anteriormente Marx y Engels habrían conferido a los factores económicos «un poder de determinación casi ilimitado con respecto a la historia». Pero después de las explicaciones dadas por Engels en las cartas citadas ya no sería posible darle a la concepción materialista de la historia una interpretación «monista». Esta concepción «según las explicaciones introducidas por Engels» ya no sería «puramente materialista y, menos aún, económica». Bernstein pensaba evidentemente que después de las nuevas formulaciones engelianas la concepción materialista de la historia había de ser interpretada más bien como una teoría-factor cuyo significado recae «en el peso que le confiere a la economía». Lo que quería abonar con esto es que «el estadio actualmente alcanzado por el desarrollo económico... permite a los factores ideológicos y, en particular, a los factores éticos un margen de maniobra mayor de lo que antes era la norma».²

Bernstein nombraba en este contexto al filósofo de Leipzig Paul Barth. No era por casualidad. Pues la idea de la relevancia que Bernstein confiere a las cartas engelianas había sido expuesta tres años antes por Barth. Ya antes Barth había dado a entender que las formulaciones de Engels contenían confesiones que venían a modificar la concepción materialista de la historia.³ Al fin y al cabo también Barth había dado lugar a las cartas de Engels sobre la concepción materialista de la historia. En el contexto del renovado interés por el marxismo que siguió a la legalización del Partido Socialdemócrata, Paul Barth publicó en 1890 un ensayo titulado *La filosofía de la Historia de Hegel y de los hegelianos hasta Marx y Hartmann*.⁴ Barth fundaba su crítica en el conocido prólogo al escrito de Marx *Contribución a la crítica de la economía política* (1899) (véase más adelante la nota 48), en *El Capital*, tomos I y II (1867 y 1884), así como también en la edición alemana del escrito polémico dirigido contra Proudhon *Miseria de la Filosofía* (1885), y, por lo demás,

también en los escritos de Engels y en primer lugar *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* (1878) y también Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (1888).

A Barth le parecía que según la concepción representada por estas obras el desarrollo es «independiente de la política», que «por el contrario, un éxito político (descansa) siempre... sobre causas económicas» y que «la estructura económica... (determina) la moral de cada época pero no se ve nunca determinada por la moral».⁵ La concepción de la historia de Marx y Engels era, según Barth, «el contrario directo de la hegeliana». Lo opuesto era para Barth la dialéctica tal como él la concebía, es decir, que el sujeto empírico se movía «en las formas absolutas, lógicas, en las operaciones diametrales que se hacen pasar por contradictorias».⁶ Barth resumía su crítica con las siguientes palabras:

«Marx y sus adeptos autónomos tienen el gran mérito de haber puesto de manifiesto, aun cuando no por primera vez sí de la forma más penetrante, la parte que le corresponde a la economía en la génesis de todas, incluidas las más elevadas, expresiones vitales de la sociedad; pero han evaluado con exceso esta parte, incluso la han elevado a causa exclusiva, suficiente. Esta medida errónea exigirá una rectificación en una futura teoría de la historia totalmente reelaborada. De momento la teoría marxista es dominante sin restricción en todos los partidos extendidos por los países de alto nivel cultural y es por ello de interés actual y merecía un análisis detenido.»⁷

A esta concepción atribuida a Marx y Engels, Barth oponía la suya propia, una especie de teoría-factor. Barth destacaba tres momentos: primero, que ni la política ni la economía ni la religión predominan, sino que entre ambas esferas predomina una influencia recíproca. «El primado de la economía sobre la política es, pues, indemostrable tanto para el comienzo como para la evolución de la historia, es más adecuada la más estrecha acción reciproca entre ambas esferas vitales, que no corresponde a la metáfora de la base y la sobreestructura.»⁸ Segundo, que el derecho —por no hablar de la religión, la filosofía o la moral— «(tiene) una existencia en parte independiente de la economía, que en el curso de la historia se fortalece cada vez más y que no recibe meramente influencias de los otros campos de la vida sino que también ejerce influencia sobre éstos».⁹ Tercero, que las revoluciones sociales producidas por la historia no eliminan completamente los sistemas sociales anteriores. «En lugar de la negación lógica pura de lo existente aparece el cambio real negador sólo en parte... La revolución de los deudores plebeyos romanos contra los acreedores pa-

tricos no les quitó a éstos sus privilegios económicos y políticos sino que sólo los limitó; a la igualdad política total sólo se llegó después de dos siglos.¹⁰ Para el último punto Barth utiliza el mismo ejemplo que habría de utilizar algunos años más tarde Sorel en su polémica contra la concepción del marxismo acerca del papel de la revolución en la historia.

Parece que el escrito de Barth fue inmediatamente considerado por algunos marxistas como importante. Estaban inquietados por el reproche que Barth le lanzaba a la concepción materialista de la historia de «no haber visto la repercusión de factores no económicos sobre la economía».¹¹ Mientras Engels declaraba que «había esperado algo menos banal y endeble»¹² el marxista francés Charles Bonnier escribía una recensión muy aprobatoria en *Neue Zeit*. Califucaba la obra de Barth como «aportación muy inteligente».¹³ En realidad esto sólo era la expresión del hecho de que se encontraba desorientado ante la crítica de Barth. También daba a entender que la teoría marxista debía ser desarrollada en el futuro en la dirección señalada por Barth:

«Marx ha invertido la teoría hegeliana: ha hecho de las relaciones económicas que constituyen la cúspide en ésta la base en su concepción de la historia. La negación de esta negación ha de consistir necesariamente en una nueva inversión por medio de la cual se ponga a la teoría marxista sobre su cabeza y lo que en ella constituye la cúspide se haga base en la nueva doctrina.»¹⁴

Poco después de la publicación de esta recensión, Conrad Schmidt, en quien Engels había puesto muchas esperanzas, se dirigió a Engels y le pidió que hiciese una crítica del libro. Éste rechazó la proposición aludiendo a su trabajo sobre el tercer tomo de *El Capital*: «...y por lo demás, me parece que por ejemplo Bernstein también podría despachar esto muy bien».¹⁵ Pero de hecho ni Bernstein ni ningún otro podían «despachar esto». Schmidt le había llamado la atención a Engels sobre el libro de Barth antes de pedirle que lo criticase¹⁶ y volvió a la cuestión varias veces al año siguiente.¹⁷ El libro de Barth debe haber sido asimismo el motivo también de la carta que Joseph Bloch —fundador más tarde de la revista *El Académico Socialista*— le envió en septiembre de 1890 a Engels. En esta carta le preguntaba a Engels si las relaciones económicas eran, según la concepción materialista de la historia, el único momento determinante de la historia o si sólo constituyan la base de otras relaciones que se podían desarrollar también autónomamente.¹⁸ En sus contestaciones a Schmidt, Bloch y otros, Engels criticaba el libro de Barth y explicaba el contenido de la concepción materialista de la historia.

Las cartas de Engels sólo fueron publicadas después de su muerte. Por este motivo, la crítica pública a Barth se limitó por parte marxista a una aportación de Franz Mehring. Éste ofrecía su crítica en un apéndice a su trabajo histórico y de historia de la literatura titulado *Die Lessing-Legende (1893)*¹⁹ y bajo el rótulo «Acerca del materialismo histórico». Mehring sintetizaba muy clara y convincentemente los principios de la concepción materialista de la historia y polemizaba con éxito en muchos puntos contra Barth.²⁰ Mostraba también que las causas ideológicas hechas desaparecer por Barth de los trabajos de Engels se encontraban muy bien en Engels.²¹ Pero no hizo frente a ciertos puntos de la crítica de Barth y no quiso reconocer el papel independiente de los factores ideológicos. Por el contrario, Marx, Engels y Kautsky entre otros habrían demostrado «por doquier la dependencia de las representaciones religiosas de los respectivos procesos inmediatos de producción de la vida». «El poder espiritual del cristianismo en tanto que factor independiente creador y actuante se evapora sin dejar rastro.» Mehring le aseguraba a Barth que «el cristianismo tuvo un origen puramente económico».²² El igual razonamiento venía a hacerse válido para la filosofía. Barth había destacado lo siguiente:

«La filosofía... tiene su origen y su evolución en una clase especial, espiritualmente muy desarrollada, que si al principio todavía estaba estrechamente unida a la vida, sobre todo a la vida religiosa, del pueblo, formó pronto su propia vida que, gobernada por una tradición esotérica, pronto siguió sus propias leyes sin perder, no obstante, la capacidad de repercutir sobre la vida popular.»²³

A Mehring esto le parecía una «ilusión» cuyo significado era que «desde Heráclito a Paul Barth flota sobre la humanidad una cadena de naturaleza misteriosa, que sigue sus propias leyes y que le da a los pueblos, sólo de arriba abajo, algunos codazos filosóficos».²⁴ Mehring manifestó la misma escasa comprensión con respecto a las demás ideas de Barth referentes a la relativa autonomía de la filosofía.²⁵ A pesar de que declaraba introductorialmente que el materialismo histórico no niega «los poderes ideales» sino que tan sólo los hace depender «en última instancia»²⁶ del modo de producción de la vida material, no estaba, evidentemente, preparado para utilizar esta concepción. Mehring encontró, de todos modos, oposición de parte socialdemócrata, igual que Barth la encontró de parte académica.²⁷ Paul Ernst, que pertenecía al grupo de los «Jóvenes» (véase el capítulo 1), publicó en *Neue Zeit* una crítica que recordaba en determinados puntos a Barth. Ernst mos-

traba que, por ejemplo, la religión había repercutido sobre la economía:

«Cuando los pueblos primitivos establecen una relación entre la religión y la producción de alimentos, *a priori* habría que suponer que con ello intentan consciente o inconscientemente favorecer la producción de alimentos. En realidad, no obstante, se puede pensar que en la mayoría de los casos la influencia de la religión es dañina. Cuando muchos pueblos hacen de una serie de medios alimenticios un tabú y prefieren dejar en el árbol o sobre la tierra aquellos que son tabú, incluso en épocas de escasez, en vez de utilizarlos, entonces la religión, riéndose de todo materialismo, vence incluso al hambre.»²⁸

Pero para Mehring este ejemplo no constitúa ningún argumento contra el materialismo histórico. En su respuesta, por el contrario, se muestra dispuesto a atribuir a las ideologías —en este caso a la religión— un papel particularmente activo: «¿Riendose de qué materialismo?... La religión ha comportado cosas mucho más graves que las que menciona Ernst: ha llevado a innumerables personas a las mazmorras, a la tortura, a la hoguera y al patibulo, al martirio voluntario, pero ¿qué prueba esto en contra del materialismo histórico?

»«No entiende Paul Ernst que si la concepción materialista de la historia les atribuye a las distintas esferas ideológicas una existencia histórica *auténtica* no les atribuye de ningún modo cualquier *eficacia histórica*? Paul Ernst demuestra un pensamiento metafísico, no dialéctico, al concebir la causa y el efecto como dos polos rigidamente contrapuestos, al olvidar completamente la acción recíproca. ¿Cuándo ha negado el materialismo histórico que un momento histórico, una vez aparecido en el mundo por la acción de otros momentos y de causas en último término económicas, es capaz de reaccionar sobre su propio entorno e incluso sobre sus propias causas?»²⁹

Indudablemente, esto significaba una modificación de la posición por parte de Mehring. En su estudio *Über den historischen Materialismus* [Acerca del materialismo histórico], Mehring había descartado irónicamente la observación de Barth de que la filosofía de la Ilustración había influido sobre la lucha revolucionaria de las clases burguesas de la Francia del siglo XVIII. También había afirmado que después de los escritos de Marx, Engels y Kautsky se había evaporado «hasta el último rastro» el poder espiritual del cristianismo en tanto que factor autónomo y eficaz. Ahora, sin embargo, afirmaba con insistencia que el materialismo histórico no negaba en absoluto a las diferentes esferas ideoló-

gicas su eficacia histórica. ¿Qué había ocurrido? En el entretanto había recibido una carta de Friedrich Engels. Mehring había tomado casi literalmente su nueva posición de esta carta.³⁰

El episodio muestra en qué escasa medida estaba consolidada la teoría marxista en el seno de la Socialdemocracia alemana. Con unas sencillas observaciones de una crítica, que por lo demás no reflejaba ninguna comprensión real, Paul Barth había confundido a los marxistas dirigentes. Cosa que alcanzó incluso a Franz Mehring, cuya *utilización* de la concepción materialista de la historia había merecido la alta valoración de Engels. Este le había escrito a Bebel sobre la *Lessing-Legende* de Mehring: «Desde luego da alegría ver que la concepción materialista de la historia, que desde hace veinte años se ha quedado por regla general en mera frase sonora en los trabajos de la gente joven del partido, comienza por fin a ser aplicada como lo que es en realidad: un hilo conductor en el estudio de la historia.»³¹ Sin embargo, Engels tenía objeciones que hacer por lo que se refería a la concepción de Mehring acerca del significado del método.

Esto explica por qué Engels intentaba clarificar detalladamente en una serie de cartas dirigidas a diferentes personas durante la primera mitad de los años noventa el significado de la concepción materialista de la historia y en particular el de la sobreestructura ideológica. ¿Cómo fue posible que la concepción materialista de la historia llegase a ser entendida tan burda y mecánicamente en particular entre los jóvenes académicos socialdemócratas? Marx y él mismo habían de tener una parte de la culpa. Dado que la teoría era nueva y tenía que luchar por ser reconocida se caricaturizaron las tintas en demasia sobre el principio fundamental, «y no siempre había tiempo, espacio u ocasión para prestarles la atención que requieren a los demás momentos implicados en la interacción».³² Sin embargo, con respecto a la utilización práctica de la teoría, Engels pensaba que nada tenía que reprocharse a Marx y a él.³³ Con ello parece dar a entender que las exposiciones suyas y de Marx de la *teoría misma* padecerían las insuficiencias mencionadas.

La misma insuficiencia le atribuye Engels a la exposición de la concepción materialista de la historia hecha por Mehring. «Con ello descuidamos la parte formal con respecto a la de contenido, a saber, el modo según el cual aparecen tales representaciones, etcétera. Lo cual les brinda a los adversarios motivos muy bien recibidos para malentendidos y desfiguraciones, de lo cual Paul Barth es un ejemplo clarísimo.»³⁴ En calidad de «co-culpable más viejo» Engels no le quería hacer ningún reproche a Mehring

«pero lo que sí que quiero es llamarle la atención sobre este punto de cara al futuro».³⁵

Las cartas centrales a este respecto escritas por Engels son las dirigidas a Joseph Bloch el 21-IX-1890, a Conrad Schmidt el 27-X-1890 y al discípulo de Sombart Heinz Starkenburg (pseudónimo de W. Borgius) el 25-I-1894. Entre éstas, la dirigida a Schmidt contiene con más detalle que las otras la concepción de Engels. En la carta a Bloch, Engels destacó cinco puntos fundamentales. Primero, que la historia de los hombres en acción se hace a través de la lucha y la cooperación entre ellos mismos. «Son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa *sin conciencia y sin voluntad*.»³⁶ A través de la lucha de las diversas voluntades entre sí aparece un resultado final que no es el esperado por ninguno de los participes. Esto conduce, en segundo lugar, a que la historia discurra «en forma semejante a un proceso natural y... (está) sometida en lo esencial también a las mismas leyes de movimiento». Estas «leyes de movimiento», tercero, están determinadas por las condiciones de que depende la acción de los hombres. Estas condiciones son de diversos tipos. Las que determinan inmediatamente la acción humana son las políticas e ideológicas: «...también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. También el Estado prusiano ha nacido y se ha desarrollado por causas históricas que son, en última instancia, causas económicas. Pero apenas podrá afirmarse, sin incurrir en pedantería, que de los muchos estados del norte de Alemania fuese precisamente Brandenburg, por imperio de la necesidad económica, y no también por la intervención de otros factores (y principalmente su complicación, mediante la posesión de Prusia, en los asuntos de Polonia, y a través de esto, en las relaciones políticas internacionales, que fueron también decisivas en la formación de la potencia dinástica austriaca), el destinado a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas, y desde la Reforma también las religiosas, entre el Norte y el Sur. Difícilmente se conseguirá explicar económicamente, sin caer en el ridículo, la existencia de todos los pequeños estados alemanes del pasado y del presente o los orígenes de las permutaciones de consonantes en el altoalemán, que convierten en una línea de ruptura que corre a lo largo de Alemania la muralla geográfica

formada por las montañas que se extienden de los Sudetes al Taunus».³⁷

Todos estos factores pertenecientes a la sobreestructura social —constituciones, formas jurídicas, teorías políticas, jurídicas y filosóficas así como visiones religiosas y su ulterior desarrollo hasta convertirse en sistemas teóricos— «ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas» y Engels subraya que «en muchos casos» determinan sobre todo las *formas* de las luchas históricas. Engels no aclara qué es lo que entiende por «forma» en este contexto. Pero seguramente estaba pensando en el hecho de que las luchas sociales son conceptualizadas por sus protagonistas a la manera, pongamos por caso, de luchas filosóficas o religiosas; por ejemplo: la lucha por la razón y contra lo irracional durante la Ilustración como reflejo de la lucha de la razón del orden social burgués contra la irracionalidad del feudal.

Pero las relaciones de producción —y éste es el cuarto punto básico— son el factor determinante en última instancia en la historia.

«Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacía, abstracta, absurda.»

Y en quinto y último lugar, entre esta base económica y la sobreestructura política e ideológica se da una interacción. En esta interacción es preeminente el factor económico:

«Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la multitud infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabañón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad al movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.»³⁸

Engels había revelado así los diferentes elementos de la concepción materialista de la historia y, a grandes rasgos, las relaciones existentes entre ellos. Ahora bien, no había mostrado de qué modo pueden formar los diferentes planos de la estructura histórica un todo coherente y cómo puede *uno* de los planos —el económico— determinar a los demás dentro de esta totalidad. A esta tarea se dedicó en la carta a Conrad Schmidt.

Schmidt había de ocupar un puesto en el *Zürcher Zeitung*

como redactor encargado de las noticias de la Bolsa. Esto le dio motivo a Engels para sus consideraciones. Para Engels, quien quisiese analizar el desarrollo del mercado de valores no se podía quedar tan sólo en éste sino que tenía que atender y seguir también el desarrollo del mercado de mercancías y de la producción, que constituyan en verdad la base de las instancias más elevadas: «El bolsista no ve el movimiento de la industria y del mercado mundial más que en el reflejo invertido del mercado de dinero y de valores, por lo que los efectos se le aparecen como causas. Esto es un fenómeno que ya he podido observar en la década del 40, en Manchester, donde los boletines de la Bolsa de Londres no servían en absoluto para hacerse una idea del movimiento de la industria, con sus períodos de máxima y mínima, porque esos señores querían explicarlo todo a partir de las crisis del mercado de dinero, que, por lo general, sólo tienen el carácter de sintonías.³⁹

Ahora bien, ¿cuál era la causa de que el mercado monetario funcionase por una parte dentro de ciertos límites de acuerdo a su propia legalidad interna y que por otra parte estuviese de todos modos sujeto a largo plazo al desarrollo del mercado de mercancías y a la producción? Esta causa era para Engels la división social del trabajo. «Dónde hay división del trabajo a escala social hay también independización de los trabajos parciales unos respecto de otros.» A través de la progresiva división social del trabajo se va diferenciando una esfera detrás de la otra. Esto tiene dos consecuencias: por una parte una cierta independencia relativa entre las diversas ramas de la economía y por otra una dependencia recíproca. De esto se sigue que las diversas ramas de la economía, dada su calidad de sistemas relativamente independientes, siguen sus propias leyes de desarrollo. Pero también se sigue que aquéllas, en tanto que partes de un todo más amplio, se influencian unas a otras. Hasta aquí se podría decir que Engels y Barth coinciden. Pero Engels pensaba (al igual que Marx) que era todavía posible dar un paso más y sacar a la luz una estructura interna determinada, una jerarquización de las diferentes partes del sistema. Tanto el comercio como la moneda y las finanzas aparecen sobre la base de la producción, están ligados a ésta y a la larga no pueden existir sin ella. La producción es la base del comercio y de la moneda. Desde este punto de vista se puede decir que el comercio, la moneda y las finanzas se levantan sobre la producción como su sobreestructura. De esto se deduce que el comercio, por ejemplo, obedece dentro de ciertos límites a sus propias leyes de desarrollo. También ejerce influencia sobre el

desarrollo de la producción. Pero en última instancia, de todos modos, el desarrollo del comercio está ligado al desarrollo de la producción y es dependiente de éste. Engels puso como ejemplo el descubrimiento de América: «El descubrimiento de América fue debido a la sed de oro, que ya antes había impulsado a los portugueses a recorrer el continente africano, pues el gigantesco desarrollo de la industria europea en los siglos XIV y XV, así como el correspondiente desarrollo del comercio reclamaban más medios de cambio de los que Alemania —el gran país de la plata entre 1450 y 1550— podía proporcionar.» Esto era un ejemplo de cómo la «base» determina a la «sobrestructura». Pero la sobrestructura puede, a su vez, ejercer un reinflujo hasta cierto grado sobre la base:

«La conquista de la India por los portugueses, los holandeses y los ingleses, entre 1500 y 1800, tenía por objeto importar de aquel país. A nadie se le ocurría exportar algo a la India. Sin embargo, qué influencia tan enorme ejercieron a su vez sobre la industria esos descubrimientos y esas conquistas que sólo obedecían al interés del comercio; lo que creó y desarrolló a la gran industria fue la necesidad de exportar a esos países.»

Engels iluminaba así, con ayuda de ejemplos procedentes de sistemas parciales de la economía, el principio básico de la concepción materialista de la historia: la dependencia de la sobrestructura respecto de la base económica. Pero todavía dio un paso más. Siguiendo con ejemplos procedentes de la economía mostró que sectores económicos secundarios, terciarios, etc., con respecto a la producción, podían, bajo ciertas condiciones, marcar el desarrollo del sector económico primario. Es decir, la «sobrestructura» podía determinar la «base» y no al contrario. Esto ocurrió temporalmente en el caso del capital financiero en relación con el capital productivo:

«En cuanto el comercio de dinero se separa del comercio de mercancías, sigue, bajo determinadas condiciones y dentro de los límites impuestos por la producción y el comercio de mercancías, un desarrollo independiente, con sus leyes especiales y sus fases, determinadas por su propia naturaleza. Y cuando, por añadidura, el comercio de dinero se desarrolla y se convierte también en comercio de valores —con la particularidad de que éstos no comprenden únicamente los valores públicos, sino que a ellos vienen a sumarse las acciones de las empresas industriales y del transporte, merced a lo cual el comercio de dinero se impone directamente sobre parte de la producción, que en términos generales es la que lo domina—, la influencia que el comercio de dinero ejerce

a su vez sobre la producción se intensifica y complica. Los banqueros son los propietarios de los ferrocarriles, las minas, etc. Estos medios de producción tienen un doble carácter, pues su utilización ha de servir unas veces a los intereses de la producción como tal y otras a las necesidades de los accionistas en tanto que banqueros. El ejemplo más patente de ello nos lo ofrecen los ferrocarriles norteamericanos, cuyo funcionamiento depende de las operaciones que en un momento dado pueda realizar un Jay Gould, un Vanderbilt, etc., operaciones que nada tienen que ver con cualquier línea en particular ni con sus intereses como medio de transporte. E incluso aquí, en Inglaterra, hemos visto las luchas por cuestiones de límites que durante decenios enteros han librado entre si las distintas compañías ferroviarias, luchas en las que se invirtieron sumas fabulosas, no en interés de la producción ni del transporte, sino exclusivamente por causa de unas rivalidades cuyo único fin era facilitar las operaciones bur-sátiles de los banqueros accionistas.⁴⁰

Con esta exposición Engels quería decir prácticamente lo siguiente:

- (1) que los distintos elementos de la sobreestructura —estado, derecho, ideologías— se han desarrollado a partir del desarrollo de la base económica, a partir de ésta, y simultáneamente, juntando a ella;
- (2) que la sobreestructura es dependiente de la base: a largo plazo ésta determina el desarrollo de aquélla;
- (3) que a pesar de su dependencia con respecto a la base, la sobreestructura posee una autonomía relativa, condicionada, porque se desarrolla a partir de la base pero se singulariza con lo que crea sus propias estructuras características que obedecen a leyes específicas;
- (4) que la base y la sobreestructura se han de influenciar mutuamente porque, por un lado, se encuentran en una dependencia reciproca y por otro poseen, no obstante, cierta independencia la una respecto de la otra;
- (5) que la autonomía relativa de la sobreestructura puede ser tan grande, bajo ciertas condiciones, que puede convertirse temporal o parcialmente en el factor primario y determinante de todo el desarrollo.

Pues con la sociedad ocurre lo mismo que con la economía. A través de la progresiva división social del trabajo se van singularizando una institución detrás de la otra de la esfera de la pro-

ducción obteniendo así una cierta independencia relativa con respecto a ella, influyendo sobre ella, pero ligada a ella en último término:

«La sociedad crea ciertas funciones comunes, de las que no puede prescindir. Las personas nombradas para ellas forman una nueva rama de la división del trabajo *dentro de la sociedad*. De este modo, asumen también intereses especiales, opuestos a los de sus mandantes, se independizan frente a ellos y... ya tenemos ahí el estado. Luego, ocurre algo parecido a lo que ocurre con el comercio de mercancías, y más tarde con el comercio de dinero: la nueva potencia independiente tiene que seguir en términos generales al movimiento de la producción, pero reacciona también, a su vez, sobre las condiciones y la marcha de ésta, gracias a la independencia relativa a ella inherente, es decir, a la que se le ha transferido y que luego ha ido desarrollándose poco a poco. Es un juego de acciones y reacciones entre dos fuerzas desiguales: de una parte, el movimiento económico, y de otra, el nuevo poder político, que aspira a la mayor independencia posible y que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio. El movimiento económico se impone siempre, en términos generales, pero se halla también sujeto a las repercusiones del movimiento político creado por él mismo y dotado de una relativa independencia; el movimiento del poder estatal, de una parte, y de otra el de la oposición, creada al mismo tiempo que aquél.»

¿Hasta dónde podía llegar la —discutida pero innegable— influencia de la sobreestructura sobre la base? Por lo que se refiere al estado, en general podría acelerar o frenar el desarrollo económico, llevarlo por determinadas vías y cerrarle el paso a otras. Este argumento puede razonarse por muy diversas vías. Como resultado de influencias externas —como la conquista, por ejemplo— el estado podría aniquilar, p. ej., la base económica, «con lo que, en determinadas circunstancias, podía antes aniquilarse todo un desarrollo económico local o nacional». Bajo las condiciones actuales, por el contrario, este caso produce «casi siempre resultados opuestos, por lo menos en los pueblos grandes; a la larga, el vencido sale, a veces, ganando —económica, política y moralmente— más que el vencedor».⁴¹

Con las demás partes de la sobreestructura social ocurría, según Engels, sustancialmente lo mismo: aparecían a partir de la división social del trabajo, adquirían una cierta autonomía con respecto a su origen, se encontraban en interacción con éste, pero a la larga no dejaban de ser dependientes de éste. La relación de dependencia con respecto a la base económica se hacía, sin em-